

Cuando Santiago llegó al colegio buscó en la puerta a su compañero. Por fin lo vio medio escondido entre los demás chicos que esperaban para entrar en las clases.

Santiago se colocó a su lado, aunque el otro no se atrevió a levantar la mirada del suelo. Olía a pánico, transpiraba puro terror. Sabía que dentro de unas horas le iban a maltratar, le golpearían hasta cansarse sin que nadie hiciera nada por él. Ya le había pegado más veces y conocía sus métodos, su crueldad para pegar donde más dolía. Le pegaría en los testículos, en la cara, en el estómago y luego, le rompería un dedo como le había prometido. Sabía que le gustaba pegar, que disfrutaba haciéndolo y más con él que no se defendía, le golpearía como se golpea a un saco, golpe tras golpe hasta cansarse.

—¿Que tal estás? —le preguntó ya en la fila para entrar en clase.

Pedrito le miró un momento, con esa mirada suya desvalida de animal indefenso, esa mirada que no necesita palabras para responder «¿Cómo quieres que esté?, se lo que me espera y ¿cómo quieres que esté?».

—Cuando salgamos a los patios no te muevas de mi lado —le dijo muy bajito, acercando la boca al oído de su compañero sin dejar de mirar al frente con indiferencia y determinación.

Pedrito le miró como se mira a una incógnita, sin entender lo que le quería decir aquel chico flaco y solitario.

—¿Me has entendido? —preguntó al ver que el otro no comprendía nada— Cuando salgamos de clase a los patios no te separes de mí.

—¿Por qué, que vas a hacer? —preguntó todavía incrédulo, pero mirándole ya abiertamente con una mirada de infinita esperanza.

—No voy a hacer nada si no es necesario. Tú no te separes de mí y deja que pase lo que tenga que pasar.

Escuchó un suspiro, un suspiro de profundo alivio que emocionó a Santiago, le conmovió y le hizo sentir una compasión que con el paso del tiempo iría calando en su corazón hasta hacerse perpetua. Esa compasión, esa especie de responsabilidad mezclada con pena, que sienten algunas personas por los seres indefensos y débiles.

Como ocurría siempre, los chicos salieron de las clases a los patios y se dispersaron en grupos por los inmensos jardines del colegio. Santiago y su compañero se dirigieron a unos bancos en un extremo del patio principal con la intención de sentarse a comer los bocadillos que traían de casa.

Apenas se habían sentado cuando Jimmy Montano que los había estado observando se dirigió hacia ellos. Era un chico grandón, flaco y fuerte que conservaba el aspecto de ascendencia italiana y un cierto aire de barrio que suele permanecer imborrable a lo largo de la vida, siempre; aunque su poseedor progrese socialmente, durante toda su vida conservará ese toque barriobajero que denuncia su origen.

Caminaba rodeado de unos cuantos secuaces que le admiraban y le seguían como un rebaño. Venía hacia ellos mirándolos con una sonrisa chulesca y amenazadora. Se paró a un par de metros de donde estaban sentados los dos chicos, se entretuvo un rato contemplándolos sin dejar esa sonrisita. Los miró de arriba abajo con las dos manos metidas en los bolsillos del pantalón. Los miró recreándose en la crueldad como algunos miran a la víctima que va a ser sacrificada, como algunos miran a un ser indefenso que van a machacar. No había compasión en esa mirada, sólo una fría indiferencia y un insoportable aire de altiva superioridad.

—Tú, gordo, ven aquí—, dijo, por fin, sacando una mano del bolsillo y llamando al chico con ese gesto característico que se hace arrugando el dedo y se emplea para llamar a los inferiores.

Santiago sujetó el brazo de su compañero que se disponía a obedecer como un autómeta.

—No te muevas de aquí —le dijo en un susurro— ni se te ocurra moverte.

—¿No me has oído? —amenazó dando un paso hacia los dos chicos— te he ordenado que vengas, gordo, que me tienes que hacer un regalito si no quieres que me enfade mucho y te haga lo que te dije ayer.

—No, no te enfades mucho y vete de aquí que este no tiene nada que darte.

Santiago se había puesto en pie delante del otro que le sacaba la cabeza. Estaba tranquilo, le hablaba con voz serena, calmada, como se suele hablar para dar un consejo.

—Y este enano... ¿de dónde ha salido? —les preguntó entre risas a los otros que estaban a su alrededor deseosos por disfrutar del espectáculo que se prometía— ¿Me quieres hacer tú el regalo?

—Yo no te voy a hacer ningún regalo, te he dicho ya una vez que te largues de aquí ¿No me has oído?, vete de aquí y déjanos tranquilos.

—Pero yo si te voy a dar una cosa a ti.

Exclamó furioso lanzándose contra Santiago que le esperó paciente con las piernas clavadas en el suelo y le frenó con un puñetazo en la boca que le dejó sorprendido. No le había dado con mucha fuerza, solo fue un puñetazo de advertencia con la fuerza suficiente para detener el ataque e informarle de que no debía continuar por ese camino. Pero el otro, una vez superada la sorpresa, se lanzó furioso a por Santiago con la intención de despedazar a ese alfeñique que había osado tocarle la cara.

Santiago lo recibió con un «cross», un golpe recto de boxeo, en el centro de la cara. Inmediatamente le golpeo con la izquierda en un costado y con la derecha un poderoso gancho a la barbilla que tiró a su rival al suelo.

Santiago avanzó hacia el chico que estaba en el suelo sollozando y sangrando por la nariz y el labio. Al verlo avanzar, Jimmy se tapó la cabeza; estaba acobardado temiendo que le llovieran más golpes aprovechando que estaba en el suelo, porque eso es lo que hubiera hecho él.

Pero Santiago no le golpeó más, se paró ante él con las piernas separadas y los puños todavía apretados y le miró largamente, le miró con una pizca del desprecio que le provocaba verlo sollozar y taparse como podía esperando un

nuevo golpe. Todos los chicos que estaban en los patios se habían ido acercando, formando un corro, contemplando la escena sorprendidos, incrédulos de ver al temible Jimmy en el suelo sangrando y llorando de miedo ante un chico mucho más pequeño que él.

—No temas, no te voy a pegar más, yo no soy como tú —le dijo en medio del espeso silencio que se había formado alrededor de aquella insólita escena—, pero si vuelves a pegar a alguien más pequeño que tú me volverás a ver y será mucho peor. Quedas advertido. Y ahora levántate y vete de aquí.

Después volvió al banco donde seguía sentado su compañero Pedrito y comenzó a comer tranquilamente su bocadillo sin volver a mirar al otro que se había levantado y se iba farfullando amenazas de la venganza que se tomaría su padre cuando supiera esto.

El resto de los chicos quedaron revoloteando como buitres alrededor del nuevo héroe, no terminaban de comprender lo que había pasado y, desde luego, jamás lo habrían creído de no haberlo visto con sus ojos. En poco tiempo la fama del pequeño Santiago circuló de boca en boca y el chico se convirtió en una especie de héroe misterioso cuyo misterio alimentaba él mismo con su personalidad solitaria e introvertida.

El problema lo tenía él ahora al llegar a casa, sabía que tenía que contárselo a sus padres, que tenía que confesar que había roto su promesa de no pelear con los otros chicos; aunque él estaba convencido que la única condición que le pusieron para saltarse la promesa se cumplía con creces. Porque la causa era más que justificada y abrigaba

la esperanza de que sus padres acabarían entendiéndolo. No obstante, le preocupaba más su madre, la obsesión de su madre contra la violencia era inquebrantable y debería explicarle todo muy bien para que ella llegase a comprender que su hijo había golpeado a otro chico con razón, porque no había tenido más remedio que hacerlo. Por eso decidió contárselo primero a su padre y pedir su ayuda para, entre los dos, convencerla de que en esta ocasión la violencia era el único recurso posible.

Tuvo suerte, cuando llegó a casa, en la cocina le dijeron que su madre estaba en la salita con unas amigas. Entró un momento para saludar como le habían enseñado, contestó los saludos que le hicieron las amigas de su madre y se escabulló para evitar las preguntas que le solía hacer su madre cuando llegaba del colegio, que seguramente le hubieran obligado a contárselo todo porque le era muy difícil escapar a esas miradas inquisitivas que le dedicaba mientras le interrogaba.

Anduvieron por el jardín, vigilando la puerta por donde solía entrar su padre cuando llegaba por las tardes. El pequeño ensayaba con Nada la mejor forma de contar el percance, el perro le escuchaba con toda atención sin opinar porque siempre le parecía bien todo lo que dijera su amigo.

Por fin apareció por la puerta que ellos vigilaban.

—¡Papá, tengo que contarte una cosa! —Exclamó corriendo hacia su padre.

—¿Esa cosa tan importante podrá esperar a que me quite está ropa?

El niño y el perro saltaban alrededor de Martín que caminaba deprisa deseando llegar a casa para refrescarse y ponerse una ropa más ligera.

—Espérame en el gimnasio que bajo enseguida.

—Vale, mamá está con unas amigas ¿Te vas a parar con ellas?

—No, hombre no te preocupes, solo entro un momento a saludar y bajo.

Santiago esperaba impaciente a su padre en la puerta del gimnasio y Nada, por pura empatía con su amigo, también jadeaba impaciente mirando hacia la puerta de la casa por donde tendría que aparecer Martín de un momento a otro.

—Bien, ya me dirás que es eso tan importante que tienes que contarme, —Martín venía ya vestido con el calzón de boxeo que solía usar en los entrenamientos con su hijo—, pero antes sentémonos que las cosas sentados se hablan con más tranquilidad.

—Papá, hoy he pegado a un chico de mi colegio —dijo Santiago una vez sentados—, pero ha sido por una causa justificada.

—Bueno, explícame que ha pasado.

Santiago le fue contando con esa forma pausada y ensimismada que tenía de contar las cosas que hacía que la propia forma de contarlo pareciera más importante que las propias cosas que contaba.

Le contó que su compañero Pedrito era un niño indefenso y débil, le contó que el otro le había estado pidiendo dinero todos los días y pegándole con crueldad cuando no podía dárselo, le contó que le había amenazado con una

paliza brutal y le contó que ese niño, Pedrito, no tenía a nadie que pudiera ayudarle, que ese niño esperaba recibir un cruel castigo del otro por el simple hecho de ser más débil y que, ese niño, Pedrito, sabía que nadie iba a ayudarle, que el otro le pegaría y le pegaría hasta cansarse sin que nadie moviera un dedo por ayudarle y le contó que su compañero, Pedrito, esperaba aterrizado el brutal castigo que iba a recibir. Y le contó que él no pudo dormir aquella noche, que no era capaz de permanecer impasible ante esas cosas, que si no defendía a su compañero ya nunca podría sentirse bien.

El niño hablaba mirando al suelo, junto a su padre, sentados los dos en esos breves taburetes de ring y la tarde y la noche que entraba en el gimnasio en penumbra y la penumbra que triunfaba y lograba que la voz entrecortada del pequeño se hiciera dueña de todo, que volase sobre aquel garaje convertido en gimnasio y que su padre, que escuchaba en silencio, entendiera los sentimientos de su hijo y se conmoviera ante la nobleza de aquel niño.

Una de las cosas que se le daban muy bien a Martín era escuchar, sabía escuchar, conseguía que la persona más tímida le confiase sin reservas cualquier confidencia. «No sé cómo lo haces, pero consigues que te cuente todo sin que tú te molestes en preguntar...», solía decirle su mujer cuando se daba cuenta de que hablaba y hablaba mientras él permanecía en absoluto silencio, sin abrir la boca, sin interrumpir para nada. Esa capacidad de escucha consiguió que su hijo, tan retraído o más que su padre, fuese tomando seguridad en él y le confiase poco a poco todas sus inquietudes en aquellas tardes de boxeo en el improvisado



gimnasio. Esos dos taburetes junto al ring eran una especie de banco de confidencias que le permitió a Martín ir conociendo a su hijo cada día más y mejor.

A pesar de que su hijo le había narrado los hechos de una forma neutra, casi lejana, como si no fuera con él, Martín comprendió lo que sentía aquel niño, la lucha que había mantenido en su interior antes de decidirse a actuar rompiendo su promesa de no pelear. Sí, Martín comprendió los sentimientos de su hijo, su incapacidad para presenciar impasible como abusaban de un ser débil e indefenso.

—Estoy orgulloso de ti —dijo cuando el niño terminó de hablar y le abrazó torpemente, porque nunca había abrazado a su hijo.

—Papá, dicen los demás chicos que el padre de Jimmy lleva una pistola, que fue el que mató a ese hombre en el Prado y que se vengará cuando su hijo le cuente lo que le he hecho.

—Bueno, tú no te preocupes por eso ¿Le has contado esto a tu madre?

—No, estaba con sus amigas cuando llegué.

—Sí, es verdad. Está noche en la cena se lo contamos. No temas que no se enfadará, seguro, porque has actuado como se debe actuar, como un hombre de verdad tiene que actuar. Un hombre de verdad defiende siempre a los más débiles y no consiente que se cometan injusticias. Has hecho muy bien, hijo, estoy muy orgulloso de ti... Pero no le cuentes a ella lo del padre de ese chico, ya sabes, lo de la pistola y todo eso porque se asustará y quedará preocupada. Lo del padre debe quedar entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo, papá.

Durante la cena, el niño, ayudado por su padre que aclaraba y ampliaba las escuetas palabras de su hijo, le contó a su madre lo sucedido.

Al principio Carmen escuchaba la historia llena de sospechas por la complicidad que percibía entre el padre y el hijo, pero se levantó emocionada a abrazar a su hijo cuando comprendió bien lo que había sucedido en el colegio.

—No me gusta nada la violencia —decía mientras cubría de besos al atribulado Santiago que esperando una regañina se había encontrado con esto—, pero estoy orgullosa de ti, estoy muy orgullosa de tus sentimientos nobles y de que utilices tu fuerza para defender a los más débiles.

Al día siguiente, a media mañana, dos hombres vestidos de una forma demasiado afectada para ser elegante, subían por El Prado, sus trajes oscuros destacaban en aquel ambiente caribeño donde todo el mundo vestía con ropas claras de lino o de algodón. Caminaban despacio, con las manos en los bolsillos, sin prisas, con displicencia y chulería, como si fueran los amos del mundo; se metieron por una de las calles que salían al paseo, llegaron a una elegante placeta frente a la tienda de Martín y allí se detuvieron contemplando el amplio escaparate de madera y cristal imitando los distinguidos comercios de la calle Mayor de Madrid. Un escaparate donde se exponía una muestra de la variedad de artículos que se vendían en la tienda: cristalerías francesas junto a vajillas de fina porcelana inglesa o aperos de labranza con ropas de trabajo, herramientas, rollos de finas telas para vestidos, lino para trajes y guayaberas, sombreros ... Una miscelánea donde se podía encontrar de todo y que había caracterizado durante tanto tiempo aquel conocido comercio fundado por don Santiago muchos años atrás.

A esa hora de la mañana la tienda solía estar muy concurrida. Los dos tipos entraron y sin esperar turno se dirigieron a uno de los dependientes preguntando por el dueño.

El mozo fue a buscar a Martín que estaba en el almacén. Por el camino le describió el siniestro aspecto de esos dos hombres. Martín enseguida se imaginó a que venían y se fue preparando para enfrentarse a cualquier cosa.

—¿Eres tú el padre de un chico que se llama Santiago del colegio Belén? —preguntó uno de ellos con un fuerte acento yanqui.

El tono altanero y amenazador con que le hicieron la pregunta alertó al bueno de Martín que venía dispuesto a dialogar para suavizar las cosas.

—El mismo...

—Pues te voy a enseñar modales para que se los enseñes a tu hijo —exclamó mientras le lanzaba un golpe con el puño que Martín esquivó con facilidad.

Según esquivaba el golpe, Martín le golpeó en el rostro con todas sus fuerzas y el tipo cayó al suelo escupiendo dientes y chorreando sangre por la nariz aplastada.

El otro, al ver a su compinche en el suelo, arremetió contra Martín, pero este le frenó en seco con un par de golpes rápidos y tan duros que fueron más que suficientes para tumbarlo y dejarlo fuera de combate.

—¡Cuidado, tiene una pistola! —exclamó un cliente al ver que el tipo que estaba en el suelo a espaldas de Martín sacaba una pistola dispuesto a dispararle.

Martín se volvió a tiempo de golpear con el pie en el brazo del que le apuntaba, pero la bala salió y se incrustó en la frente de un joven que entraba en ese momento en el establecimiento.

Detrás del joven que yacía inmóvil en el suelo, entraban dos policías que habían sido alertados por algunos clientes. Enseguida desarmaron a los individuos y los esposaron.

—Ya no se puede hacer nada por él, está muerto —dijo uno de los policías después de comprobar el estado del joven en el suelo—. Hay que avisar al forense para que lo certifique.

Llegaron más policías que tomaron los nombres de los clientes que estaban en la tienda y se llevaron a los dos detenidos.

—Don Martín, cuando pueda pase por la comisaría para declarar— le pidió uno de los policías.

Cuando se llevaron el cadáver, Martín ordenó a su encargado que cerrase la tienda y se dirigió a la comisaría. Iba preocupado por el mal cariz que habían tomado los acontecimientos. Nunca hubiera pensado que una tontería de chiquillos desembocase en un altercado tan grave con la consecuencia, por el momento, de una persona muerta. No sabía lo que podía pasar, si la mafia tomaría venganza, que le parecía lo más probable, o las cosas quedarían así. Le preocupaban su mujer y su hijo, conocía de oídas como actuaban estos mafiosos, sus métodos y su crueldad fría y despiadada.

El comisario jefe era un viejo amigo de don Santiago que conocía a Martín desde hacía muchos años. Era un hombre ya mayor, muy delgado, de tez sombría y enfermiza muy típica en los fumadores empedernidos. Sus ojos oscuros, acostumbrados a interrogar, despedían una mirada penetrante que era lo más destacado de la cara de aquel hombre agobiado por un exceso de trabajo en aquellos tumultuosos años de La Habana.

—Ya me han contado todo lo ocurrido, pero no sé por qué esos tipos se han fijado en ti... Cuéntame si sabes algo

más, es muy extraño todo esto —dijo después de saludar a Martín y preguntarle por Carmen.

Martín le relató lo ocurrido en el colegio tal y como se lo había contado su hijo, le aseguró que no había ni podía haber otro motivo y le contó su inquietud por las consecuencias que podría tener este incidente y los perjuicios que podría causar a su familia.

El comisario le escuchaba mirándole a través de la espesa nube de humo que despedía el cigarro que sostenía entre sus labios.

—No creo que esto sea cosa de ningún capo de la mafia, más bien parece que el padre del chico se ha tomado la justicia por su mano y ha querido quedar bien delante de su hijo a costa tuya, pero le ha ocurrido lo mismo que le pasó al abusón de su hijo cuando se enfrentó con el tuyo en el colegio, de lo cual, créeme que me alegro. Estoy más que harto de estos tipos, de estos matones gringos que han desembarcado aquí como si fueran los amos del mundo.

El comisario hablaba dejando escapar una sonrisa que, a pesar de todo, parecía una mueca triste en su demacrado rostro.

—Costello, que ha sido nombrado por Luciano como jefe de todos estos, llegó ayer a La Habana, según me han informado. Mañana le llamaré para saber si está al tanto de lo ocurrido e informarle de la gravedad de los hechos que han costado la vida de un hombre. Sé, porque el mismo me lo ha manifestado, que no quiere líos aquí, que está decidido a que los negocios en la isla sean limpios. Cuando mataron a aquel tipo en la terraza del Prado me aseguró

que no volvería a suceder y yo le creo porque me parece lo más razonable.

»Vuelve a casa y tranquiliza a tu mujer que, seguro que ya se ha enterado, ya sabes cómo corren las noticias en La Habana, y no te preocupes por nada, yo te iré contando lo que vaya sabiendo de este asunto.

Carmen esperaba a Martín en la galería, ya sabía lo que había sucedido y estaba consumida por los nervios. Estuvo llamando al almacén, pero no descolgaban el teléfono, lo que la puso aún más nerviosa. Por fin llamó a la comisaría, le pasaron con el comisario que le explicó sucintamente los hechos y le dijo que Martín había salido para su casa hacía unos minutos. En esos momentos caía un fuerte aguacero tropical y el día se había hecho noche. Desde la galería vigilaba ansiosa la puerta por donde solía entrar su marido; aunque suponía que se habría tenido que refugiar en algún sitio a esperar que amainase la lluvia.

Por fin le vio llegar bajo la intensa lluvia, calado hasta el alma. Cogió unas toallas y salió corriendo a encontrarse con él y le besó y le abrazó resuelta en lágrimas que se derramaban por su rostro junto al agua del aguacero y le cubrió con las toallas y toda su contenida desesperación se desbordó ya en presencia de él, de ese hombre fuerte y bueno al que quería más que a su vida.

Frank Costello estaba de pésimo humor. Le encantaba viajar a Cuba, para él la isla, sus lujosas habitaciones en el espléndido hotel de su propiedad en La Habana eran como

un paraíso de tranquilidad que le relajaba alejándole de la tensión que vivía en las calles de Nueva York.

La llamada del comisario, a primera hora, le había estropeado la mañana. Luciano, desde la cárcel, le había dicho mil veces que no quería violencia en Cuba y mucho menos con las gentes de allí, que su actividad en La isla tenía que ser limpia y siempre amable con los cubanos.

La bandeja del desayuno esperaba en una mesita auxiliar junto al gran ventanal que se abría en su habitación sobre la ciudad. Tomó sólo un sorbo de café, la conversación con el comisario le había quitado el apetito. Con la taza de café en la mano se acercó al ventanal. Se divisaba un bello panorama de La Habana, el malecón, la ciudad y las playas. Le gustaba Cuba, había algo que le traía los viejos recuerdos de su Calabria natal y le gustaba vivir en los hoteles, de hecho, unos años después, el último tramo de su vida lo pasaría en un ático del Waldorf Astoria.

Estaba muy preocupado por los hechos de los últimos meses: el asesinato a tiros de aquel tipo en pleno paseo del Prado, lo de ayer... Tenía muchos intereses en Cuba, las autoridades eran más permisivas que en Estados Unidos y el negocio del juego ilegal le estaba reportando pingües beneficios, pero estos tipos con su violencia lo podían estropear todo.

Costello no creía en la violencia como medio para conseguir las cosas. Él nunca llevaba pistola, a los 25 años pasó diez meses en la cárcel por llevar una pistola oculta, desde entonces jamás volvió a caer en el error de andar por ahí con un arma. Desde entonces, en 37 años, nunca volvió a la cárcel.



Durante muchos años fue *consigliere* de Luciano, El primer ministro, le apodaban. En 1937, con Luciano en la cárcel y Vito Genovese en Italia, asumió el papel de jefe en funciones y apostó por desarrollar el negocio de las tragaperras y del juego, eludiendo siempre el tráfico de drogas porque lo consideraba un negocio sucio.

Era un hombre tranquilo, que se sabía poderoso y nunca perdía los nervios. Las palabras del comisario le habían preocupado. Por lo visto esos dos tipos habían intentado agredir a un conocido y muy querido comerciante de La Habana en su propio establecimiento y en las horas más concurridas del día...

Pensaba en estas cosas mientras contemplaba, desde la altura de sus habitaciones, las olas que rompían furiosas contra el malecón, cuando entró Lansky con la prensa local.

Meyer Lansky, judío, hombre de confianza de Luciano y ahora de Costello, el capo de los casinos en Cuba que después construiría el hotel Riviera. Lansky era un hombre reposado, comedido, cuya poderosa inteligencia era muy valorada por Luciano que le dejó responsable de los negocios en Cuba.

—¿Te has enterado de lo de ayer? —Preguntó ofreciéndole los periódicos.

Costello le miró desde sus ojos azules, penetrantes, expresivos... una mirada que podía pasar desde la ternura hasta la extrema dureza.

—Sí, acabo de hablar con el comisario.

Costello poseía una voz rasposa, rota. Una voz que, a pesar de que siempre hablaba como en un susurro, se hacía escuchar sobre todas las demás.

En la primera página del periódico se veía a dos tipos sangrando con la cara partida que caminaban esposados con la policía. En las páginas centrales aparecían ya las fotografías de su ficha una vez atendidos y lavados en la enfermería.

—¿Con quién están estos? —preguntó después de ojear las fotos y los titulares de la prensa.

—Han venido con Santo, son los capullos del tiroteo en el Paseo del Prado.

—Dile a Santo que venga ahora.

Santo Mesina estaba reunido con sus hombres de confianza en uno de los salones privados de un hotel muy cercano al de Luciano cuando recibió la llamada de Lansky.

—Luciano quiere que vengas.

—Ahora no puedo, estoy reunido con los chicos.

—El Don quiere que vengas ahora.

—¿Es por lo de ayer?

—¿Tú qué crees?

—Eso ya está resuelto, esos dos capullos están ya en el infierno.

—Creo que te has vuelto a equivocar. Ven ahora.

Santo Mesina se puso la americana sobre la marcha y se dirigió al hotel de Costello sin molestarse en despedirse de los hombres que le miraban interrogantes desde la mesa. Sabía que Costello era el Don más poderoso, que gozaba de la plena confianza de Luciano y sus conexiones políticas le conferían un poder casi ilimitado. No le gustaba, era demasiado conservador. No le gustaba que hubiera prohibido el negocio de la droga que era el que más futuro tenía, pero era muy pronto para presentarle batalla. Costello no

era egoísta ni ambicioso. Se podría decir que era generoso, que siempre repartía por igual los beneficios entre sus hombres, jamás se quedaba con una parte mayor y eso le aseguraba la fidelidad de sus hombres y la confianza de la familia.

Costello leía unos documentos cuando Mesina entró en la sala.

—Hola, Frank ¿me has llamado?

Costello tardó en apartar la vista del documento que leía; después levantó la mirada para clavarla en los ojos del que acababa de entrar.

Santo Mesina siempre se sentía inquieto cuando Costello le miraba de esa forma. Sabía que no le apreciaba, que no le gustaba su ambición ni la forma de llevar los negocios, que le toleraba por Luciano, pero que aprovecharía que le diera un buen motivo para quitárselo de en medio.

—Lo de esos capullos ya está arreglado, Don —continuó hablando, acercándose a la butaca que ocupaba Costello con movimientos que trataban, sin conseguirlo, de aparentar desenvoltura—. Esos dos están en estos momentos llamando a las puertas del infierno.

—Te has vuelto a equivocar —susurró Costello— y es ya la segunda vez que lo haces. Otro error más y se termina tu presencia en la isla.

—Pero, Francesco, no ha sido culpa mía, yo no sabía nada, fue cosa de ese tipo. Por lo visto su hijo...

Pero Frank Costello ya no le escuchaba, le despidió con un gesto de la mano y volvió a sus documentos.

El judío Lansky le acompañó a la puerta.

—Déjalo ya, Santo, está todo hablado —le iba diciendo mientras le acompañaba a la puerta cogiendo el codo de Mesina que se resistía a irse sin más explicaciones.

Mesina se tragó su orgullo y salió sin abrir la boca tal y como le habían ordenado. Ya tendría tiempo de vengarse de esta afrenta.

A la mañana siguiente de su detención, los cuerpos de los dos mafiosos aparecieron colgados en sus celdas. La investigación que se realizó dictaminó que se trataba de un suicidio y así se reflejó en las actas y los partes médicos.

Pocos días después Carmen recibió un descomunal ramo de flores con una nota firmada por Santo Mesina pidiendo disculpas por las molestias causadas y Martín recibió una invitación para él y su mujer a la cena espectáculo del Tropicana.

Carmen respondió con una escueta nota de agradecimiento y Martín rehusó la invitación con una disculpa de cortesía.